

SAN AGUSTIN, PADRE DE LA ESPIRITUALIDAD OCCIDENTAL

P. Angel Custodio Vega O.S.A.

San Agustín es comúnmente llamado el Padre de la Espiritualidad de Occidente desde que Adolfo Harnack le dió este nombre en un momento de inspiración feliz. Nadie desde luego se lo puede discutir, ni antes ni después de él. Nadie se le puede tampoco comparar en influencia directa y positiva, si no es, y a mucha distancia, el Ps. Dionisio Areopagita. La obra de Pourrat, *La spiritualité chrétienne*, lo deja fuera de toda duda. Raro será el autor antiguo o moderno al que no se le pueda apostillar con centenares de citas o referencias del Doctor africano. Todavía hoy, después de quince siglos, estamos viendo de sus fórmulas y herencia.

Sin duda antes de San Agustín hubo en la Iglesia católica verdadera espiritualidad, y aún mística en el sentido riguroso de la palabra. Negar esto sería desconocer la vida pléctica de santidad de aquélla, así en Oriente como en Occidente. Pero ordinariamente fluía ésta del seno de aquélla, al calor de la enseñanza particular de sus obispos y pastores, y al impulso de un amor ardentísimo a Cristo. En cada lugar, en cada momento, en cada circunstancia, la orientación, como la solución de los problemas religiosos, era distinta y acomodada a cada persona. Rara vez surgieron escuelas y métodos de espiritualidad, a no ser que se quiera llamar así a las Escuelas catequéticas de Alejandría, Antioquía y Cesarea. Pero lo que no necesitó en un principio encauzamiento y metodización por su vinculación a la vida carismática primitiva o a la enseñanza eclesiástica de los obispos, lo necesitó después al tomar auge el ascetismo y constituirse como una aspiración general, primero, y una profesión, después.

S. AG. PADRE DE LA ESPIRITUALIDAD OCCIDENTAL

Cuando San Agustín viene al mundo, ya la Iglesia griega había cerrado su ciclo de oro patrístico con una pléyade de figuras de primer orden, cuyo esplendor aun llega a nosotros. Los nombres de Clemente de Alejandría, Orígenes, Atanasio, Basilio, los dos Gregorios, Juan Crisóstomo, los dos Cirilos, Efrén y Epifanio, son nombres inmortales, cuya doctrina espiritual nadie desconoce. También en la Iglesia latina habían aparecido figuras relevantes, eminentemente espirituales y moralizadoras. San Cipriano, San Hilario, San Ambrosio, San Jerónimo, por no citar más que a los más destacados, encierran en sus obras doctrina muy subida de perfección y santidad. Todo esto es cierto, indiscutible. Pero no lo es menos, que ninguno había logrado imponer sus métodos, sus doctrinas, con carácter de Maestro universal. En los asceterios y casas de perfección profesional, aparecían los opúsculos de espiritualidad de criterios más diversos y de orientación más dispar, como aparecían las Reglas más diferentes del monacato de Oriente y Occidente reunidas en un tomo, denominado *Codex Regularum*. La aparición de San Agustín es fáustica en este campo, como lo fue en el de la teología. Discutido en un principio, logra dominar totalmente las divergencias y adueñarse de las inteligencias de propios y adversarios, siendo reconocido por todos como el doctor máximo, primero, del Africa y, luego, del mundo entero; quien, como nuevo Atlante, cargó con él y lo llevó con él sobre sus hombros mientras vivió. A su lado parecen todos discípulos aprovechados, cuando más, aventajados. Por donde quiera que él camina, donde quiera que él pone la pluma, una luz brillantísima de claridades de cielo le sigue y precede como a los grandes astros.

Pero San Agustín no es sólo una inteligencia preclarísima, un vaso de elección, como San Pablo, escogido por el mismo Cristo para iluminar al mundo en aquel caos de errores y tinieblas que agitan y dominan la mayor parte del siglo IV. Dios le dió además un corazón immenseño, semejante al suyo, para que arrastre a todos en pos de sí con su simpatía, y los caldee con su fuego y los domine con su autoridad. Difícil es caer en la órbita de San Agustín y no ser arrastrados en pos de él y convertidos en satélites tuyos. En parte, he aquí una clave de su Magisterio avasallador y universal. Y decimos en parte, porque no

P. ANGEL C. VEGA

es ésta la única razón, ni bastaría a explicar suficientemente su perennidad y atracción universal y constante. Veamos cuáles puedan ser esas otras.

ENTRE DOS MUNDOS

San Agustín fue constituido entre dos culturas o civilizaciones, y entre dos mundos diferentes, si no opuestos, el uno moribundo y el otro naciente. La civilización griega y la latina, el mundo pagano y el mundo cristiano, con sus múltiples derivaciones y tendencias, son elementos que pertenecen a un mismo continente, el occidental. Mas en toda catástrofe étnica o racial, ni todo se salva, ni todo se hunde. Hay algo que no debe permanecer, por caduco y viejo; hay algo que se debe salvar, como fermento de vida y principio de renovación. Dios suele suscitar en el cruce de dos civilizaciones un Doctor máximo que recoja los tesoros de ciencia y sabiduría vivientes y los trasmita a la nueva generación, a la «Nova Gens» que está alumbrando. Por dicha nuestra, este genio poderoso, este «Sabio Arquitecto» de la nueva y verdadera *Civitas Dei* del siglo IV, es San Agustín. Y como en esa nueva generación ya no habrá griegos ni latinos, ni bárbaros ni romanos, sino será una fusión de todos, porque todos se han confundido y mezclado ya para formar la «Nova Gens», justo era que ese gran Doctor o Maestro fuera también una síntesis y fusión de lo más puro y vital de cada una. Veamos brevemente cómo San Agustín fue esa síntesis, al mismo tiempo que él hace una poderosa de las culturas y modo de ser peculiar de cada una de ellas.

Aunque el pueblo griego y latino son los dos igualmente europeos e igualmente mediterráneos y sometidos a las mismas corrientes de inmigración y cultura, difieren sin embargo de tal modo entre sí, en carácter y en cultura, que no será fácil reducirles a uno, sino como partes de un todo integral. Difícil por lo mismo es someter a un común denominador los valores de estas dos razas, y más aun si se las quiere agregar la semita y púnica. El cisma religioso de Oriente, que surgió cuatro siglos después de esto, tiene mucho más de racial, de idiosincrásico, de diferencia de criterios y sentimientos, que de producto intelectual y científico, como lo tuvo siglos después de esto el pro-

S. AG. PADRE DE LA ESPIRITUALIDAD OCCIDENTAL

testantismo germano. Se ha dicho, y con razón, que Roma y Bizancio, el Lacio y Grecia, son dos símbolos irreductibles: mejor aún, dos polos de un mismo mundo, pero dos polos equidistantes, a los que sólo une el meridiano de la vida y del espacio. Es interesante conocer la característica de estas dos culturas, siquiera brevísimamente, porque ambas integran la mentalidad de San Agustín y modifican consiguientemente su legado espiritual.

El griego, contaminado de orientalismo y africanismo, por su contacto geográfico y racial, es profundamente sentimental y lírico, al mismo tiempo que intelectualista y voluntarista. Para él la Idea y el Sentimiento, la Ciencia y el Arte tienen valor de categoría y subsistencia propias. El griego ha nacido para pensar y contemplar al mundo y a sí mismo; a su mundo interior, medida y norma del exterior. Reconcentrado en sí, aferrado a la verdad de sus «ideas», comienza a vivir de éstas, a proyectarlas sobre el mundo físico, vil y despreciable: el «*hyde*» de Aristóteles, las «sombras» de Platón; y se trasforma en creador, en realizador de sus propias ideas; apareciendo el mundo de la ciencia y el del arte como el único que verdaderamente le interesa y commueve. Toda la civilización griega se puede resumir en estos dos elementos: Filosofía y Arte, Acción y Contemplación. Nadie ha llegado más allá en la especulación racional y en la expresión del arte. El mundo de las conquistas, del poder y la dominación es para él cosa totalmente extraña a su mentalidad. Alejandro Magno no fue griego más que de nombre. Los mismos atenienses miraban sus conquistas con desprecio y las tenían como gestas de un loco ambicioso, que trataron de ridiculizar en la escena del filósofo Diógenes y en su conversación con el gran capitán. Para el griego la persona, y dentro de la persona, la mente, el *Nous*; y dentro del *Nous*, la Idea y el mundo de las Ideas, ocupan el primer plano. Todo lo demás es accesorio. El griego es por lo mismo profundamente religioso, tal vez supersticioso. Su filosofía evoluciona a marchas forzadas hacia Dios. Su deismo primero se transforma muy pronto en teosofía, para convertirse más tarde en misticismo y teurgia. Ella crea el tipo del filósofo mitad monje y mitad seglar, con su manto especial o hábito de profesión, al estilo de los monjes. La ética o ciencia de las cos-

P. ANGEL C. VEGA

tumbres creación suya es y aún pervive. Bien podríamos definir al griego como un intelectualista sentimental, como un enamorado de la Idea y de sus Ideas, como un *dilettanti* de su mundo y sus realizaciones.

Al lado de él el tipo latino aparece como un extrovertido, como un hombre despreocupado de su mundo interior, y preocupado sólo del exterior. No piensa más que en conquistas de pueblos y reinos, en medidas de gobierno y sujeción, en grandes ejércitos, en aliados poderosos. Sólo cuando se consolida, y viene la paz y prosperidad material, y se mira a sí mismo, es cuando advierte su pobreza intelectual, su carencia plena de ciencia, de arte, de poesía, de teatro, de música, hasta casi de religión, y se lanza sobre Grecia en busca de estas cosas y de maestros de las mismas, que se las enseñen. Postiza es su filosofía, postizo su teatro, postizo su arte, siempre rudimentario y megalómano, como de pueblo poderoso y militar. Hasta su misma poesía marcha sobre los modelos griegos. Una cosa le es propia al romano: el Derecho, la ciencia jurídica. Los griegos, dice San Pablo, buscan la Sabiduría: *Graeci sapientiam quaerunt*. Los romanos, se diría, no buscan más que la Ley, el Ius Gentium, el modo de gobernar y mantener en paz y sujeción a tantos pueblos y razas. Si Grecia crea el tipo social del «Filósofo», Roma crea el del «Abogado». Esta desprecia a Grecia como a un pueblo de Sofistas, aunque en el fondo la admira y paga bien a sus filósofos y retóricos para que se las enseñen. Grecia no comprende a Roma y desprecia sus conquistas materiales, aunque admira su poder y sus dotes de gobierno.

SINTESIS Y ARMONIA

Si ahora miramos el fondo de sus instituciones observaremos diferencias características, pero no antitéticas, al contrario, muy sociales, aunque los pueblos que las encarnan sean cada vez más irreducibles. Ni Grecia será nunca Roma, ni Roma jamás Grecia, acentuándose con los siglos esta diferencia, esta distancia, hasta consumarse el divorcio que vemos hoy día. Pero esto no implica contradicción entre ambas, y veremos cómo San Agustín, de temperamento y for-

S. AG. PADRE DE LA ESPIRITUALIDAD OCCIDENTAL

mación griega, de espíritu y educación romana, va a juntar en sí y fundir en una síntesis armónica lo mejor de cada una.

Tres elementos vitales actúan como principios reductivos en el mundo griego: *El Ethos*, o conjunto de virtudes y criterios que regulan la vida humana, las acciones del hombre como individuo y como ciudadano; la *Sophía*, o conocimiento de los últimos principios y causas, razón de cuanto existe y se hace; y el *Eros*, o amor, causa del bien y del orden y última razón de las cosas. Para el griego el mundo verdadero, el mundo que merece ser conocido y vivido es el mundo de las Ideas, reflejado en la razón humana como en un espejo. Este otro mundo, el material, es el mundo de las sombras, de las figuras, de las desemejanzas, que dirá luego San Agustín. El cristianismo encontró en la cultura y ciencia griegas grandes elementos de asimilación y armonía, que le facilitaron su penetración en el mundo sabio. Los términos Verbo, Sabiduría, Amor, Mundo Espiritual, Virtud, Eternidad, Creación, etc., son todos términos que la religión cristiana adoptó por suyos con casi idéntica significación. San Agustín llega a decir de la filosofía platónica que con un poco que hubieran modificado sus doctrinas, *paucis mutatis*, podía haber entrado de lleno en el cristianismo. Y bien lo demostró el Ps. Areopagita, por este mismo tiempo, incluyéndola casi por entero en sus escritos místicos.

En cuanto al mundo romano interesa distinguir su espíritu de Justicia, su Disciplina o sumisión y obediencia a la Ley, que sustituye a la Sofía griega y su Ordo, elemento de felicidad social y privada y eje de toda la vida pública y prosperidad del Imperio. El romano, como se ve, es eminentemente social y externo: Social y externa su Disciplina, externa y social su moral, y externo y social su Ordo, que regula los derechos de todos entre sí. Para el romano el mundo que le preocupa es éste material. El interior del hombre le es accidental. Externa y accidental le es la misma religión, conjunto de todos los dioses y todos los cultos del Imperio. Roma, en una palabra, es eminentemente Jurista, como Grecia fue Sofistá.

LA «NOVA GENIS»

El «Orbis Romanus», que terminó por ser el «Orbis Christianus»,

P. ANGEL C. VEGA

logró sostenerse bien que mal hasta el siglo IV. Pero a principios de éste, los pueblos bárbaros del Norte y del Mediodía, del Oriente y de Occidente, que le cercaban, lograron romper su muro de contención e invadir como una ola devastadora todas las Provincias del Imperio, derrumbándose, con sus ciudades y legiones, sus instituciones jurídicas y sociales. Una nueva «*Gens*», unas Nuevas Instituciones, un Nuevo Mundo iba a brotar de aquellas ruinas y escombros. En este momento aparece San Agustín como el Profeta y Maestro de esa Nueva Edad. Al par que San Pablo, cuyo temple y mentalidad lleva en sí, y cuya misión providencial va a ser la formación cristiana de esas nuevas gentes, merecerá con justicia el dictado de «*Apóstol de las Gentes*».

San Agustín, genio sin igual, abarca con su mirada de águila, cuanto ha sido el mundo hasta aquí, y lo que será o deba en adelante ser; y con mano maestra y poderosa, como aquel «*sapiens architectus*» de que nos habla San Pablo, empieza a trazar las líneas de esa «*Nova Civitas*», que ya no será griega ni romana, sino divina: la *Civitas Dei*. En su construcción empleará los elementos de ambas culturas en todos sus aspectos; pero los planos serán de Cristo y su Iglesia. Sin duda que hay mucho desecharable e inútil. El conoce mejor que nadie los fallos enormes de la cultura y ciencia griega y latina. En su *Ciudad de Dios* empieza por hacer un examen profundo, aquilatado, severo e implacable de todas las instituciones humanas que han regido el mundo hasta entonces. Ante su tribunal pasa la Filosofía, la Religión, la Moral, el Derecho, la Virtud tan decantada de muchos filósofos y matronas de la antigüedad. Y a todos los encuentra «*minus habens*». Todo necesita ser reformado, corregido, ampliado. Hay que restaurarlo todo e instaurarlo todo en Cristo, en la fe. Cristo, principio y fin de todo, ha de ser también la regla, el punto de referencia de su estimación y valor. Pero San Agustín es conservador. Su criterio es: todo lo que es verdadero, todo lo que es bueno, todo lo que es hermoso, viene de Dios y es por tanto de Dios. Todo ello debe ser integrado en su mística ciudad. Y como si temiera el criterio estrecho e integrista de muchos correligionarios suyos, se escuda con los nombres gloriosos de San Cipriano, Hilario y todos los grandes santos Padres que le habían precedido. Nada bueno puede extraerse de la religión pagana, y desde el

S. AG. PADRE DE LA ESPIRITUALIDAD OCCIDENTAL

primer momento queda desechada sin más. Pero en cambio de su filosofía, de su arte maravilloso, de su literatura sin igual, del mismo derecho romano, pueden sacarse tesoros preciosos, que no deben despreciarse. Y sintiéndose un momento romano, esto es, conquistador y dominador, quiere que la Iglesia haga con las culturas que ha invadido y dominado, lo que los conquistadores de pueblos: que arrebatan y llevan consigo como gloriosos trofeos sus tesoros de ciencia y arte. La destrucción es propia del espíritu del mal. No está la abominación en las cosas, sino en el mal uso y fin de las mismas. Ni aun los templos, dedicados antes a la idolatría y culto de los demonios, se han de destruir; sino que, purificados de su inmundicia, se han de consagrar al verdadero Dios, Señor y Dueño de todo.

EL AMOR Y LA SABIDURIA

Pero vengamos al tema de la Espiritualidad, que es el que nos ocupa e interesa de momento. Si nos hemos desviado un poco no ha sido más que para enfocar la luz de ciertos principios sobre el fondo de ésta y poder definir mejor su carácter y tendencia. San Agustín es un africano mediterráneo, espiritualista, vibrátil y emotivo, fácil a la exaltación y al optimismo. Como todos los africanos, es un enamorado del amor, su pasión dominante, que lo mismo le precipita en la libidinosa abyepta, que le eleva a las alturas de una mística trascendida y extática. «Mi amor es mi peso», escribe el Santo, y allí soy llevado a donde me lleva el amor». El amor salva y hunde al africano. Le eleva hasta los cielos y le precipita hasta el abismo. El nombre de Dios es un símbolo bastante ajustado. No olvidemos esto que tiene una trascendencia capital en la vida y en la mística de San Agustín. Las pasiones violentas no son más que grandes fuerzas humanas puestas al servicio de una voluntad, de una acción. Todo es cuestión de saber dirigirlas, de saber aplicarlas. Hombres así lo mismo pueden ser unos grandes santos o héroes, que unos grandes pervertidos.

San Agustín es por temperamento un místico, un sentimental religioso. La religión, depositada en su corazón por las enseñanzas de su madre, no desaparece de su corazón. Al contrario es la causa de

P. ANGEL C. VEGA

sus errores. Porque si abandona la fe católica por la maniquea fue precisamente porque le pareció hallar en ésta más pureza, más virtud, más santidad. Cuando esta ilusión desaparezca, el Maniqueísmo se le derrumbará al punto. Su sentimiento religioso le salvará y le volverá al seno de la Iglesia; pero entonces no como simple fiel, sino como profesional de la perfección y santidad. San Agustín es además un apasionado de la Sabiduría. Recuérdense las páginas de las *Confesiones*, donde nos describe el efecto que le produjo el *Hortensio* de Cicerón, que era una cálida exhortación a la Sabiduría. Por afinidad temperamental, por condiciones climatológicas, por gustos estéticos, San Agustín está más cerca de Atenas que de Roma. En realidad era, como los moradores de aquélla, un intelectual refinado, un apasionado de la Verdad y la Sabiduría, un entusiasta del mundo de las Ideas, de ese mundo interior, del que cantará más tarde sus maravillas y hermosuras. Esta concepción del «mundo interior» jugará un papel tan importante en toda su actividad intelectual, de modo más especial en su Espiritualidad, que será uno de los principios que pasará a toda la mística posterior, particularmente a la de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, que repiten sus palabras mismas.

Pero no se vaya a creer que ese mundo es para San Agustín el mundo de la pura especulación, el mundo de los conceptos abstractos y quintaesenciados. El mundo interior de San Agustín es sinónimo de vida interior, donde está la vida, la verdad y el bien, la luz y la belleza, no como en los seres materiales de aquí abajo, sino mejorada y plena. Y como el amor es la fuente de la vida, enciéndese en su interior una llama poderosa que caldea y transforma cuanto toca y alcanza. La búsqueda de la verdad, el estudio largo y difícil de su adquisición, no es para San Agustín vano ejercicio y ocupación penosa, sino ejercicio de amor, gozo inefable, y delicia del espíritu. La verdad, dice el Santo, se ha de buscar con amor, se la ha de recibir con alegría, y se la ha de gustar con deleite y pasión. ¿Qué otra cosa es o será la vida eterna, la dicha sin fin, la gloria del cielo, sino un goce continuo y perdurable de la Verdad? *Gaudium de veritate?*

Como desquite y compensación a su introvertismo acentuado temperamental, se halla su extrovertismo educacional. San Agustín vive

S. AG. PADRE DE LA ESPIRITUALIDAD OCCIDENTAL

el mundo romano y vive sus instituciones y su espíritu así en África como en Roma y Milán. Sin duda que entre San Agustín y San Ambrosio, entre su mentalidad y la de éste hay una gran distancia, a pesar de la fe y doctrina católica que les une. San Ambrosio es un puro moralista, un romano cien por cien, la *Lex*, para quien el *Ordo* y la *Disciplina* es lo primero en la vida. San Agustín, en cambio, es un místico, un idealista, un soñador a lo divino, para quien la Sabiduría y el Amor lo es todo. El uno es acción, el otro contemplación. No siempre el mundo ideal marcha al unísono del real, ni los hombres más sabios suelen ser los mejores y más santos; y, sobre todo, los más aptos para dirigir a otros por la senda del bien y la virtud. El hombre no será tampoco completo, si su interior no va acompañado de su exterior. Como en el Imperio romano hay una *Lex* y un *Ordo* o voluntad y una *Disciplina* que mantiene la paz y concordia de los ciudadanos entre sí y es causa de la paz y prosperidad del reino, así también en el reino de Dios hay una *Lex*, eterna e inexorable, un *Ordo* o voluntad suprema de que se guarde; y una *Disciplina* u observancia fiel y diligente, que convierte la obediencia en virtud.

EL ORDO-AMORIS: LEY SUPREMA

Sin embargo, hay una gran diferencia entre uno y otro. Porque mientras en el Imperio la guarda de la *Lex*, del *Ordo* y de la *Disciplina* es el temor, en el reino de Dios es el amor. San Agustín nos advierte ya de esto en su Regla, pequeño código de Espiritualidad y perfección. «Conceda el Señor —dice en su último capítulo— que observéis todas estas cosas, que os mando, como amadores de la belleza espiritual, no como siervos bajo la ley, sino como libres bajo la gracia». Ya están aquí los dos términos simbólicos: Ley y Amor, Gracia y Servidumbre. Ciertamente no podemos prescindir de la Ley. No somos autores y dueños de nosotros mismos. Siempre hemos de estar sujetos a leyes; leyes de Dios, leyes de la Iglesia, leyes del Estado, leyes de nuestra profesión. Pero, que el principio, el medio y el fin de todas nuestras acciones sea el amor. Que el amor vaya delante de nosotros, nos acompañe en todo momento y nos siga. San Agustín va a darnos

P. ANGEL C. VEGA

la fórmula exacta y maravillosa: Lex-amoris, Ordo-amoris, Disciplina-amoris. Ley de amor, Orden de amor, Observancia con amor: he aquí el gran principio renovador y vivificador de toda la ascética y mística de San Agustín. Nada serán nunca los primeros términos sin el segundo. Poco importa que haya una legislación magnífica, soberana; un orden y jerarquía angélica; una observancia rigurosa y una disciplina impecable. Si falta el amor, todo es vano y sin provecho, y aun yugo insopportable. San Agustín alaba ambas cosas, pero juntas. Ama la ley, ama el orden, ama la disciplina; pero que todo vaya informado por el amor. Que el amor tiene valor por sí mismo y posee promesa de vida y mérito. El amor es vínculo de perfección y medida de santidad. Y como retornando a su fondo temperamental susodicho, cifra en el amor toda la virtud y toda la santidad, constituyéndole en ley suprema de todo el hombre: *Ama et quod vis fac.*

El amor va, pues, tomando en San Agustín caracteres de preeminencia y absorción, hasta convertirse en único principio de vida y acción. «Mi amor es mi peso», dice en las *Confesiones*, y allí soy llevado, a donde me lleva el amor». Esto, que es verdad en el orden humano, es de un realismo inconmensurable en el divino. Siglos después nos hablarán con insistencia de esta fuerza de atracción hacia «el más profundo centro» San Juan de la Cruz y Santo Tomás de Villanueva. El hombre no es una excepción en el mundo, una quimera inveterosímil y contradictoria. Como todos los cuerpos tienen su gravedad natural, también el hombre la tiene. San Agustín apela precisamente a esta Ley gravitatoria del universo en este pasaje: *Corpus pondere suo nititur ad locum suum. Ignis sursum tendit, deorsum lapis. Ponderibus suis aguntur, locum suum petunt... Amor meus pondus meum.* No es, pues una frase lanzada al azar o en medio de un entusiasmo místico. Ya al principio de *Aquellas* había estampado aquella frase lapidaria: *Fecisti nos ad te et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* La inquietud, el anhelo vehemente, el suspiro constante e inflamado por «el más arriba», por más perfección, por más santidad, por más amor, es el signo de la Espiritualidad agustiniana. San Agustín sufrió como ninguno este desasosiego del alma, este tirón de Dios hacia Sí. Lo sufrió y fuerte cuando se hallaba lejos de El en

S. AG. PADRE DE LA ESPIRITUALIDAD OCCIDENTAL

la región de la muerte y de la desemejanza. Y lo sintió aún mayor cuando, poseyéndole por la fe y conociéndole en toda su hermosura y bondad, se le mostró a lo lejos como único Bien, su Dicha y su Amor perfecto. Darse por contento con lo hecho, no suspirar por más, no se concibe en San Agustín; ni en nadie que siga sus pasos y enseñanzas. En el momento que digas en tu marcha hacia Dios: basta —dice el Santo—, has empezado a descender. Hay que caminar y subir, constantemente, alegremente, cantando el cántico de los grados, porque vamos a Dios, porque subimos a la celestial Jerusalén, al cielo, donde veremos a Dios y nos deleitaremos; nos deleitaremos y descansaremos: *Ascendimus ascensiones in corde et cantemus canticum gradum. Igne tuo, igne tuo bono inardescimus et imus ad pacem Hierusalem...*

(Continuará)